

pocos años há, dice que contiene mezquitas cuyo aspecto recuerda los célebres monumentos de la arquitectura musulmana.»

Muchas ciudades del Yemen, particularmente Rodah, cerca de Saná, son célebres por sus jardines y casas de recreo; y en Rodah las parras forman, como en Italia, unos toldos sostenidos por encañados.

A unas 30 leguas al Este de Saná se hallan las ruinas de Mareb, ó Saba, antigua capital de los Sabeanos, que hoy queda reducida á una aldea. Edrissi, que escribía en el siglo XII, pretende que en aquel tiempo contenía las ruinas de dos castillos, construídos uno por Salomón y el otro por una de las mujeres de David. Aquí, en Saba, reinaba la soberana que, al decir de los libros hebraicos, fué á visitar á Salomón.

Entre las demás célebres ciudades del Yemen precisa también citar los puertos de Moka y Aden, en el mar Rojo. La ciudad de Aden, hoy destruída, no tiene otra importancia que su posición; por cuyo motivo los ingleses se han apoderado de ella. Antiguamente llegó á ser una brillante y populosa ciudad, de la cual Edrissi dijo há 600 años: «Del Siná, de la India y la China le llevan objetos preciosos, como hojas de sable damasquinas, pieles de zapa, almizcle, sillas de caballo, pimienta odorífera y no odorífera, cocos, hernut (semillas perfumadas), cardamomo, canela, galanga (especie de yerba odorífera), macis (corteza de nuez moscada), mirbalano, ébano, conchas de tortuga, alcanfor, nuez moscada, clavo de especia, cubeba, diversas telas tejidas de yerbas, telas ricas y aterciopeladas, colmillos de elefante, estaño, rotens y otras cañas, como también la mayor parte del áloe amargo, destinado al comercio.

Una de las principales riquezas que hoy en día tiene el Yemen es el café, del cual provee esta provincia al mundo entero; pues aunque se le cultive en otras partes del globo, no ha podido alcanzar en ningún otro clima las cualidades que en el Yemen. El principal depósito aquí de este artículo es la ciudad de Moka.

Los soberanos del Yemen están ahora muy decaídos de su antiguo esplendor; su gobierno

no llega nunca á los puntos alejados de las grandes ciudades; y carece de toda influencia en las tribus que ocupan diversos puntos del territorio.

Hadramot, Mahrah, Omán y Haza.—El Hadramot y la tierra de Mahrah se extienden desde el Este del Yemen hasta el Omán, á lo largo de la costa del Océano Indio; están poblados por tribus independientes y contienen algunas ciudades muy poco conocidas.

La capital del Hadramot es Schibam; á una jornada de la cual se halla Terim, ciudad importante, una vez que, según Fremel, tantas mezquitas hay en ella como iglesias en Roma.

El Omán, que viene después del Mahrah, está bañado á un tiempo por las aguas del mar de las Indias y por las del golfo Pérsico; y aunque sea país arenoso, hállase entrecortado por muchos oasis y fértiles valles. El soberano de la comarca es un sultán que reside en Mascate, ciudad que ahora carece de importancia.

El Haza, que se extiende desde el Omán hasta la embocadura del Eufrates, á lo largo del golfo Pérsico, forma una región apenas conocida, y que se cree muy poblada. Desde la ciudad de El-Kalit hasta Bassorah el país es un vasto desierto. Pero delante de estas comarcas se hallan situadas las islas Barein, que son las más importantes pesquerías de perlas que en el mundo existen.

Nos falta ahora investigar qué vienen á ser las poblaciones que habitan la inmensa península que acabamos de describir sumariamente; pues como ninguna región del globo ha impreso por medio del clima y del suelo un sello tan característico á sus habitantes, no se comprendería su historia leyendo las relaciones de sus conquistas, ni las cronologías de sus reyes. Como base de este estudio debe colocarse el examen de los diversos factores que han determinado su evolución, y antes que ningún otro el conocimiento de la raza. ¿Cuáles son los caracteres morales é intelectuales de ella? ¿Qué modificaciones ha recibido del centro donde ha vivido, de la herencia y de los pueblos con los cuales se ha tratado? Tal es lo que importa conocer, y lo que ante todo debemos averiguar.

CAPITULO II

LOS ARABES

I

LA IDEA DE RAZA, SEGÚN LA CIENCIA MODERNA

Antes de empezar el estudio de los árabes creo necesario exponer algunas nociones de antropología, indispensables para la inteligencia de este capítulo.

Las aglomeraciones humanas, diseminadas en diversos puntos del globo, se clasifican en cierto número de grupos que llevan el nombre de razas. Antes esta palabra significaba que existían entre los grupos humanos, designados de este modo, diferencias menos grandes que las observadas en los grupos de animales que se designa con el nombre de especies. Pero habiendo probado los progresos de la ciencia moderna que las diversas razas del hombre están separadas por caracteres tan profundos como los que distinguen á las especies de animales afines, hay que tomar ahora el vocablo raza como sinónimo de especie, cuando se le aplica al hombre.

Cabe definir sencillísimamente el sentido de las palabras razas ó especie humana diciendo que designan unas aglomeraciones de individuos dotados de un conjunto de caracteres comunes transmisibles de un modo regular por herencia.

Aunque las personas extrañas á la antropología toman las expresiones pueblo y raza casi como sinónimas, la significación de éstas difiere absolutamente. Todo pueblo es una aglomeración de individuos, pertenecientes á razas con frecuencia muy distintas, reunidos bajo un mismo gobierno y poseedores de cierto número de intereses comunes; y así tenemos hoy el pueblo inglés, el austriaco, el alemán, el francés, etc.; á pesar de que todavía no existe una raza inglesa, austriaca, alemana, ni francesa; pues los elementos reunidos en cada uno están todavía harto mal fusionados, y proceden de ori-

gen demasiado diferente para darles el nombre de raza. Así, pues, aunque se ven juntos y bajo las mismas leyes diferentes grupos de hombres; aunque profesen la misma religión y hablen la misma lengua, no formarán una raza homogénea sino cuando el centro donde viven, los cruzamientos y la herencia hayan fijado en ellos cierto número de caracteres físicos y morales, que les sean comunes.

Esa adquisición de caracteres comunes requiere mucho tiempo, pues si los caracteres en general se fijan con mucha lentitud, los hereditarios se borran también de un modo muy lento. Así es que las razas no llegan sino muy despacio á fusionarse y trasformarse. En efecto, es necesario que los cambios se acumulen por herencia y en un mismo sitio durante siglos, para que las influencias de los centros y de los cruzamientos lleguen á determinar modificaciones profundas.

Entre las influencias capaces de trasformar y fijar los caracteres de una raza se cita con frecuencia el centro donde vive. Pero si este factor es poderoso, mucho más lo es la herencia, pues representa unas aptitudes acumuladas durante un pasado larguísimo. Numerosos ejemplos históricos prueban que cuando una raza es antigua, los caracteres fijados por la herencia son tan estables, que el centro social no puede ya influir en ella; de modo que antes que trasformarse, se extingue. Así vemos que en todas las latitudes el hijo de Israel conserva su tipo invariable; así vemos también que el ardiente suelo de Egipto ha sido impotente, á pesar de su energía, para trasformar las razas demasiado viejas que sucesivamente lo han invadido, y donde todas han hallado su tumba. Sólo la herencia es bastante fuerte para luchar con la herencia; y por eso los centros sociales no pueden tener influencia sino en las razas nuevas, es decir, en razas hijas de cruzamientos hechos entre pueblos que poseen aptitudes hereditarias

diferentes. Atendido todo esto, las influencias del pasado, por fuertes que sean, quedan anuladas ó desunidas por las influencias de la herencia que tiene un poderío equivalente, y el centro social no ha entonces de batallar con ellas, y puede libremente producir sus modificaciones.

Sin embargo, para que los mismos cruzamientos hagan sus efectos es necesario respetarlos durante largo tiempo, y que los individuos de las diferentes razas que se cruzan no sean numéricamente desiguales. Si existe una desigualdad manifiesta en la proporción de los elementos que se cruzan, los caracteres que prevalezcan en la mescolanza llegarán á absorber y eliminar á los demás. Así un corto número de blancos introducidos en una población de negros desaparece rápidamente sin dejar huellas, después de algunas generaciones; y por esta misma razón los caracteres de un pueblo conquistado desaparecen si los invasores son demasiado numerosos.

Cabe citar á los griegos modernos como ejemplo, pues nada les queda ya en realidad de la fisonomía de sus antepasados, tan bien modelada por la escultura (1). Por la misma causa también los pueblos conquistadores desaparecen, si por el contrario están en proporción demasiado pequeña con respecto á los pueblos conquistados. Así pasó, por ejemplo, con los romanos en las Galias; los cuales si son nuestros padres por la civilización y la lengua, no lo son por la sangre. Lo mismo ocurrió á los árabes en Egipto; pues, según veremos, los egipcios, que habían sido refractarios á las civilizaciones persa, griega y romana, rehusando siempre aprender la lengua de sus vencedores, adoptaron rápidamente la lengua, religión y civilización árabes, hasta el punto que Egipto ha llegado á ser el país más árabe de todos los que siguen la religión de Mahoma; pues los cruzamientos entre los egipcios y sus nuevos conquistadores fueron tan frecuentes que desde la segunda y tercera generaciones se habían formado tipos intermedios, cuyo origen no

(1) No creo aventurarme mucho asegurando que ya hoy no se hallan griegos en Grecia, sino de un modo muy excepcional. Por mi parte no he hallado ninguno en Atenas, ni en las escalas de Levante, frecuentadas tanto tiempo há por los griegos de diferentes puntos del archipiélago. Añadiré que debe haber mucho tiempo que ya no hay griegos en Grecia, pues en una colección muy curiosa de bustos de grandes personajes, indudablemente muy antiguos, que posee el museo de Atenas, no he hallado un solo individuo que tuviese el tipo griego. El señor Schliemann, con quien he viajado bastante, me ha asegurado que en Megara, Itaca, Lesbos y otros diversos puntos que no visité, se halla todavía á individuos con tipo griego. Pero eso no son más que reminiscencias atávicas, demasiado mínimas para desvanecer lo que acabo de decir.

era ya posible distinguir. Pero la superioridad numérica de los antiguos egipcios sobre los invasores y la lentitud de las invasiones dieron motivo á que pronto desapareciese casi completamente la influencia de la sangre árabe. Así es que el fellah de hoy en día, aunque árabe por la religión y la lengua, es en realidad hijo de los egipcios del tiempo de las Pirámides, y además la viva imagen de los mismos.

II

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LOS CARACTERES PSICOLÓGICOS PARA LA CLASIFICACIÓN DE LAS RAZAS

Ya se habrá visto por lo que antecede que ni la lengua, ni la religión, ni los agrupamientos políticos son datos que permitan clasificar á las razas.

Los caracteres anatómicos, como la forma del cráneo, el color del cutis, la fisonomía (2), etcétera, etc., tampoco sirven para dicho objeto; pues aunque los caracteres anatómicos nos permitan establecer algunas grandes divisiones fundamentales, la mayor parte son controvertidas, y además nada nos enseñan casi acerca de las profundas diferencias que existen entre los pueblos vecinos, como por ejemplo, las que vemos en los diferentes pueblos de Europa.

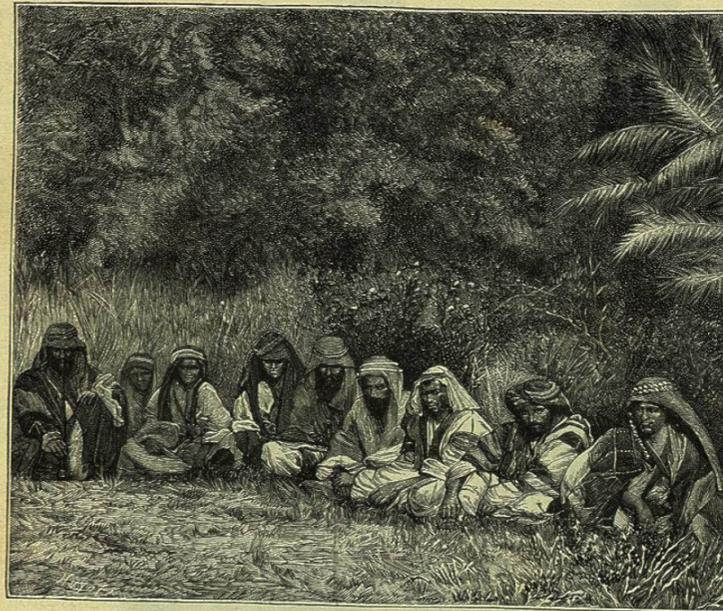
Sin embargo, nosotros opinamos que existen ciertos caracteres tan fijos como los anatómicos, los que, por más desdeñados que sean de la antropología moderna, día llegará en que sirvan de base fundamental á una clasificación de razas: refiérome á los caracteres intelectuales y morales; pues el más convencido partidario de las descripciones anatómicas no querrá de seguro defender que poniendo frente á frente dos razas, cualquiera llegaría á sacar más datos de ellas por medio del conocimiento de sus caracteres anatómicos, que por el de sus caracteres psicológicos.

Además los caracteres psicológicos se reproducen con tanta persistencia como los anatómi-

(2) Entre estos caracteres hay uno, la fisonomía, que hasta ahora nadie ha empleado como medio de clasificación para las razas humanas, á pesar de que me parece tener grande importancia; pues he debido reconocerlo así, observando en mis diferentes viajes á Europa, Asia y Africa con cuánta facilidad los indígenas saben distinguir, sin equivocarse, á los individuos que pertenecen á diversas razas, que se tratan habitualmente con ellos, hasta en el caso de que todos vistan del mismo modo. Así es que he procurado demostrar la importancia de este método en una memoria especial, que podrán consultar mis lectores, quienes hallarán en ella particularmente la indicación de los medios que deben usarse para discernir los caracteres fisionómicos que son comunes á una misma raza.

cos; de modo que cuando se conoce la evolución de un pueblo, el observador queda sorprendido de ver con qué constancia sus aptitudes morales é intelectuales se perpetúan á través de las épocas; y las instituciones de un pueblo y el papel que hace en el mundo resultan sobre todo de sus aptitudes. Los móviles inconscientes de la conducta residen en el carácter, quiero decir, en el conjunto de disposiciones que cada individuo posee al nacer. El carácter varía en cada

raza, y esta variedad nos demuestra la causa de que instituciones parecidas, aplicadas á distintos pueblos, produzcan resultados tan diferentes como, por ejemplo, la causa de la miserable anarquía de las repúblicas españolas de América, comparada con la prosperidad de los habitantes de los Estados Unidos bajo instituciones idénticas. La iniciativa, la previsión, el valor, la aptitud para gobernarse, el dominio sobre sí mismo, etc., etc., sentimientos son que la he-



Beduinos nómadas de Siria, fotografiados en Jericó por el autor

rencia puede dar, pero que ninguna institución puede formar; pues creados están ya en cada individuo cuando va á nacer, y representan la herencia de un largo pasado, donde en realidad de verdad se elaboraron los motivos de nuestros actos presentes.

Aunque los caracteres morales é intelectuales de un pueblo sean tan estables como sus caracteres físicos, pueden, como estos últimos, modificarse lentamente por la influencia de diversos factores, y particularmente por la de aquellos que más arriba enumeramos: el centro físico y moral y los cruzamientos. Así un romano del tiempo de Heliogábalo no poseía ya el carácter de sus antepasados de la República, y el habitante de los Estados Unidos también difiere mucho en carácter de los ingleses, de los cuales procede.

En la mayor parte de las naciones modernas

el carácter se halla en vías de transformación, distando mucho de estar fijado, pues las grandes invasiones de que derivan, han puesto frente á frente elementos demasiado semejantes, y mezclados desde un tiempo aún demasiado corto para crear en la mayor parte de éstos muchos sentimientos comunes. Así se comprende fácilmente al ver hasta qué punto unos pueblos que á simple vista parecen muy homogéneos, como por ejemplo los franceses, se componen de elementos tan diferentes, como los kimris, los normandos, celtas, aquitanos, romanos, etcétera, los cuales han habitado nuestra tierra, sin que sus descendientes se hayan todavía refundido bien.

En una obra reciente he examinado la profunda influencia que pueden tener en los destinos de un pueblo los elementos que lo penetran, sobre todo cuando estos elementos tienen ten-